

tes que principie á ser *cosa de la razón*; ella permanece largo tiempo *un asunto de la mujer*, antes de comensar á ser un asunto *del hombre*.

¿Qué más puedo decir?—¡Madre, madre! Con estas palabras me conducen á tu mano las leyes eternas de la naturaleza.—Yo no puedo conservar mi inocencia, mi amor, mi obediencia; yo no puedo conservar las ventajas de los nobles sentimientos sobre las impresiones nuevas producidas por el mundo, *nada, nada* puedo conservar *sino á tu lado*. Madre, madre, si tienes todavía una mano protectora, si tienes todavía un corazón para mí, no me dejes que de tí me aparte; si nadie *te ha enseñado* á conocer el mundo como yo debo conocerlo, *ven, juntos aprenderemos á conocerlo*, como tú deberías haberlo conocido y como yo debo conocerlo. Madre, madre, en ese momento crítico en que yo corro peligro de ser apartado de ti, de Dios, de mí mismo por la primera aparición del mundo, *no nos separemos*.

—¡Madre, madre, *santifica ese momento de transición entre tu corazón y ese mundo, conservándome tu corazón!* (6)

Caro amigo, debo callar, mi corazón se conmueve y yo veo las lágrimas en tus ojos. ¡Adiós!

## CARTA XIV.

Amigo, continúo pues mi camino, y me pregunto: ¿qué he hecho yo para contarrestar también, con respecto al punto de vista de la religión, los males que me han sobrevenido en el curso de mi vida?—Amigo, si mi método da en esto satisfacción á las necesidades del género humano, su valor sobrepasa aun las esperanzas que yo he fundado en él. Y él da esa satisfacción (1).

El germen del cual nacen los sentimientos que son la esencia de la religión y de la moral, es precisamente el mismo de que proviene el principio que sirve de base á mi método de enseñanza. Ese método procede enteramente de las relaciones naturales que se establecen entre el infante y su madre, y se basa principalmente en el arte de referir la enseñanza, desde la cuna, á las relaciones naturales y de fundarla por una acción continua en la misma disposición de ánimo en la cual se estriba nuestro amor al Creador de nuestro sér. El lo hace todo para impedir que, en el momento en que por primera vez se rompen los lazos físicos que unen el niño á la madre, perezca el germen de los sentimientos nobles que nacen de esa unión. Cuando apenas desaparecen las causas físicas de esa unión, él trae á la mano medios para hacerla revivir. En ese momento de sumo interés en que el niño hace distinción, por vez primera, entre los sentimientos de confianza

que su madre y Dios le inspiran y los que despiertan en él los fenómenos del mundo exterior, mi método emplea todos los recursos y toda la habilidad posibles para no poner nunca á la vista del niño los atractivos de esa aparición nueva, sin asociarlos á los sentimientos más nobles de su naturaleza. Él hace uso de todas sus fuerzas y de todo su arte para presentar el mundo á los ojos del niño tal como ha salido de las manos del Creador, y no tal como es, un mundo lleno de engaños y de mentira. Él restringe la importancia excesiva y el atractivo preponderante de las impresiones producidas por la aparición nueva del mundo, vivificando la afección del niño á Dios y á su madre. Él reduce el campo inmenso que se abre al egoísmo y al cual el espectáculo de toda la corrupción del mundo atrae á nuestra naturaleza sensual, y no permite separar absolutamente la senda de la razón de la senda del corazón, ni la educación de nuestra inteligencia de la inclinación á creer en Dios.

El objeto esencial de mi método no es solamente devolver la madre al niño en el momento en que desaparecen las causas físicas de la unión mutua entre la madre y el hijo, sino también poner además en manos de la primera una serie de procedimientos por medio de los cuales pueda ella hacer durar la unión de su corazón y el de su hijo hasta que los medios materiales de facilitar la virtud, asociados á los medios materiales de facilitar los conocimientos de las cosas, puedan dar al niño la independencia de juicio, llevado á la madurez por el ejercicio, en todas las cuestiones de derecho y de deber.

Él facilita á toda madre que tiene su corazón puesto en su hijo el preservarlo no sólo del peligro que lo amenaza en esa época crítica de ser separado de Dios y del amor, y de ser expuesto, en lo más profundo de su sér, á la desolación espantosa de sí mismo y á un embrutecimiento inevitable, sino también el introducirlo, guiado por su amor maternal y conservando puros los sentimientos más nobles, en la mejor creación de Dios, antes que su corazón, por las ilusiones y engaños de este mundo, se haya hecho completamente insensible á las impresiones de la inocencia, de la verdad y del amor.

Para la mujer que se apropia mi método, el miserable círculo de su saber, estrecho y limitado, no es más el círculo de los conocimientos en que está confiado su hijo. El *Libro de las madres* le abre á ella, para su hijo, el mundo que es el mundo de Dios; le enseña el lenguaje del amor más puro para hablar de todo lo que ve su hijo por sus ojos maternales. Después de haberle enseñado en su seno á balbucear el nombre de Dios, le muestra ahora el Amor universal en el sol que se levanta, en el arroyo que ondea, en las fibras del árbol, en el esplendor de las flores, en las gotas del rocío; ella le muestra la inmensidad de Dios, en sí mismo, en los rayos de luz de sus ojos, en la flexión de sus articulaciones, en los sonidos de su voz. En todo, en todo se le muestra Dios, y en donde él ve á Dios su corazón se eleva, y cuando ve á Dios en el mundo, él ama al mundo: la alegría que le causa el mundo de Dios se mezcla en él con la alegría que Dios le da. Él abraza á Dios, al mundo y á su madre en un

solo y mismo sentimiento. El vínculo roto ha sido atado de nuevo; él ama ahora á su madre más de lo que la amaba antes cuando él reposaba aún sobre sus rodillas. El está ahora un grado más alto: por ese mundo mismo por el cual habría descendido á la esfera de los brutos, si no lo hubiese conocido con la ayuda de su madre, es hoy elevado á una altura mayor. Los labios que han sonreído tan á menudo desde el día de su nacimiento, la voz que él ha oído tantas veces, desde el día en que vió la luz del mundo, anunciarle una alegría, esos labios y esa voz le enseñan ahora á hablar; la mano que tantas veces lo ha estrechado contra el corazón que lo ama, le muestra ahora las imágenes de objetos cuyos nombres ha oído ya pronunciar á menudo. Un sentimiento nuevo germina en su pecho: por las palabras, él se da cuenta de lo que ve. El ha dado el primer paso hacia la asociación gradual de su educación intelectual y de su educación moral; él ha dado ese primer paso guiado por la mano de su madre. El niño aprende, conoce, nombra; él quiere saber más todavía, él quiere conocer más nombres aún, él incita á su madre á aprender con él. Ella aprende con él, y ambos crecen cada día en luces, en fuerzas y en amor. Ella ensaya ahora con él los elementos fundamentales del arte, las líneas curvas. Su hijo no tarda en sobrepasarla,—la alegría de ambos es la misma; nuevas facultades se desarrollan en su espíritu: *él dibuja, él mide, él calcula*. Su madre le muestra á Dios en el espectáculo del mundo; ahora ella le muestra á Dios en su dibujo, en sus medidas, en su cálculo; ella le muestra á Dios

en cada una de sus facultades. El ve ahora á Dios en su propio perfeccionamiento; la ley de la perfección es la ley de su conducta; él la reconoce en el primer rasgo perfecto que él ha trazado, en una línea recta, en una línea curva. Sí, amigo, la primera vez que él ha trazado una línea irreprochable, la primera vez que ha pronunciado perfectamente una palabra, ha principiado á germinar en su pecho esta grande ley: *Sed perfectos como es perfecto vuestro padre que está en los cielos*. Y como mi método descansa esencialmente sobre una aspiración constante á la perfección de cada detalle, contribuye vigorosamente y de una manera vasta á imprimir profundamente, desde la cuna, en el corazón del niño el espíritu de esa ley.

A esa primera ley de nuestro ennoblecimiento moral se agrega en seguida una segunda con la cual la primera está íntimamente enlazada, á saber: el hombre no está en el mundo para sí mismo; él se perfecciona á sí mismo sólo por el perfeccionamiento de sus hermanos. Mi método parece ser enteramente apropiado para hacer que esas dos grandes leyes reunidas se conviertan para los niños en una segunda naturaleza, aun antes que ellos sepan distinguir cual es la siniestra y cual la diestra. El niño enseñado por mi método, apenas está en estado de hablar, cuando es ya el preceptor de sus hermanas y hermanas, el auxiliar de su madre.

Amigo, el lazo que une los sentimientos en que se funda la verdadera veneración de Dios, no puede ser atado más estrechamente de lo que lo es por mi método. Por él he conservado al niño su madre y he

hecho durar la influencia del corazón maternal; por él he asociado la veneración de Dios á la naturaleza humana, y he asegurado su conservación, vivificando los mismos sentimientos de que nace en nuestro corazón la disposición que nos conduce á la fe. Madre y Creador, madre y Providencia, por él se confunden para el niño en un solo y mismo sentimiento; por él, permanece el niño más largo tiempo *el hijo de su madre*; por él, continúa el niño siendo *el hijo de su Dios*; por él, el desarrollo progresivo de su inteligencia y de su corazón reposa más largo tiempo en los puros principios elementales de que ha nacido el primer germen de ese desarrollo. El le abre de una manera familiar y grandiosa á la vez el camino que conduce al amor á la humanidad y á la sabiduría. Por él yo soy el padre del pobre, el apoyo del desgraciado. Así como una madre *deja* á su hijo sano para *dedicarse* á su hijo enfermo, y *cuida con doble solicitud* á ese hijo desgraciado que yace en el lecho del dolor, del modo como ella debe hacerlo, porque es madre, porque ella ocupa al lado del niño *el lugar de Dios*; asimismo debo obrar yo, si *la madre reemplaza á Dios* para mí y si *Dios llena mi corazón en lugar de mi madre*; yo debo obrar así. Un sentimiento semejante al sentimiento maternal me *obliga* á ello. El hombre es mi *hermano*, mi amor abraza á *todo* el género humano; pero yo me dedico al *desgraciado*, yo soy *doblemente* su padre. *Mi naturaleza procederá divinamente*; yo soy un hijo de Dios. Yo *he creído* en mi madre, su corazón me *ha mostrado* á Dios (2). Dios es el Dios *de mi madre*, el Dios *de mi corazón*, el

Dios *de su corazón*. Yo no conozco á ningún otro Dios; el Dios *de mi cerebro* es una *imaginación vana*; yo no conozco á ningún otro Dios que al Dios *de mi corazón*, y siento que soy un hombre sólo en la fe en el Dios *de mi corazón*. El Dios *de mi cerebro* es un *ídolo*, yo me pierdo adorándolo; el Dios *de mi corazón* es mi Dios, yo me *ennoblezco* en su amor (3). Madre, madre, tú me *has mostrado* á Dios en tus *mandatos*, y yo lo *he encontrado* en mi *obediencia*. Madre, madre, si yo *olvido á Dios*, á *tí* te olvido; y si yo *amo á Dios*, yo *ocupo tu lugar* al lado de tu hijo menor, yo me *consagro* á tu *hijo desgraciado*, y tu *niño que llora* reposa en *mis brazos* como en los *brazos maternas*.

Madre, madre, si yo te amo, amo á Dios, y mi deber es mi *supremo bien* (4). Madre, si yo te *olvido*, á Dios *olvido*, y el desgraciado *no reposa más* en mis brazos y yo *no reemplazo más* á Dios para el que sufre. Si yo te olvido, *olvido á Dios* y entonces vivo *para mí*, como el león, y empleo, en mi confianza *en mí*, mis fuerzas *para mí* y *contra mis semejantes*; entonces ningún sentimiento paternal existe más en mi alma, *ningún sentimiento divino* santifica mi obediencia y mi pretendido *sentimiento del deber* es sólo una *apariciencia* engañadora.

Madre, madre, si te amo á tí, yo amo á Dios. Madre y obediencia, Dios y deber son entonces para mí una misma y sola cosa;—*la voluntad de Dios* y lo que yo puedo imaginar *de más noble*, *de más elevado*, es entonces para mí una misma y sola cosa. Entonces yo no vivo más *para mí* mis-

mo; yo me pierdo en el seno de mis hermanos, de los hijos de Dios;—yo no vivo ya para mí mismo, yo vivo para Aquel que me ha tomado en sus brazos maternos y que con mano paternal me ha sacado del polvo de mi envoltura terrenal para elevarme á su amor. Y cuanto más lo amo, al Eterno, tanto más respeto sus mandamientos; mientras más me apego á él, tanto más dejo de pertenecerme á mí mismo y le pertenezco á él; cuanto más mi naturaleza se aproxima á la esencia divina, tanto más me siento de acuerdo con mi ser y con todo el género humano (5). Mientras más lo amo, cuanto más le obedezco, tanto más oigo de todas partes la voz del Eterno: No temas, yo soy tu Dios, yo no te abandonaré; sigue mis mandamientos, mi voluntad y tu salvación. Y mientras más le obedezco, mientras más lo amo, mientras más reconocido le soy, mientras más confianza tengo en él, el Eterno, tanto más reconozco que *El es*, que *El ha sido* y que *El será* eternamente la causa de mi existencia, causa independiente de mí.

Yo he reconocido al Eterno en mí mismo; yo he visto las sendas del Señor; he leído en el polvo las leyes de su Omnipotencia; he buscado en mi corazón las leyes de su amor,—yo sé en quien creo. Mi confianza en Dios se hace ilimitada por el conocimiento de mí mismo y por la inteligencia que él me ha dado de las leyes del mundo moral. La noción de lo inmenso se confunde en mí con la idea de lo eterno, yo espero en una vida eterna (6). Y cuanto más lo amo, al Eterno, más espero en una vida eterna; y cuanto más confío en él, cuanto más

le agradezco, cuanto más le obedezco, tanto más mi creencia en su bondad eterna se convierte para mí en verdad, tanto más la fe en su eterna bondad me inspira la convicción de mi inmortalidad.

Yo callo otra vez, amigo mío.—¿Qué son las palabras cuando deben expresar una certidumbre que mana del corazón? Lo que son las palabras sobre un asunto sobre el cual un hombre que, por su inteligencia y por su corazón, merece todo mi respeto. El se expresa como sigue:

“El conocimiento de Dios no procede jamás de sólo la ciencia; el verdadero Dios vive sólo para la fe, para la fe infantil.

“*Un alma infantil ve en su simplicidad lo que ninguna inteligencia puede penetrar.*

“Solo, pues, el corazón conoce á Dios, el corazón que elevándose sobre el cuidado de su propia y limitada existencia, abraza á la humanidad, ora sea en su conjunto, ora sólo una de sus partes.

Ese puro corazón humano exige y crea para su amor, su obediencia, su confianza y su adoración la personificación de un ideal supremo, de una voluntad suprema y santa que sea el alma de la comunión universal de los espíritus.

“Pregunta al bueno: ¿Por qué es el deber para tí lo que hay de más elevado?—¿por qué crees tú en Dios?—Si él te da pruebas, es sólo la escuela la que habla por su boca. Una inteligencia más ejercitada refuta todas sus pruebas—él tiembla un momento; pero su corazón no puede, sin embargo, renunciar á la idea de la divinidad, y él vuelve á ésta anhelante y lleno de amor, como el niño al seno de su madre.

“¿De dónde viene, pues, esta convicción del hombre bueno de que existe un Dios?—Ella no procede de la razón, sino de ese impulso inexplicable que ninguna palabra, ninguna idea puede hacer comprender, que lo lleva á glorificar y á eternizar su existencia en la existencia superior ó impercedera del todo.—¡NADA PARA MÍ, TODO PARA MIS HERMANOS!—¡NADA PARA EL INDIVIDUO, TODO PARA LA ESPECIE!—tal es el fallo absoluto de la voz divina que oímos en nuestro interior. En escuchar esa voz y en obedecerla consiste la sola nobleza” (7).

Yo (8) debo agregar á este pasaje, que descifra el origen del santuario propio interno de la veneración de Dios, otro en el cual un hombre, cuya inteligencia y cuyo corazón igualmente aprecio, describe la formación exterior de la religión considerada en sus relaciones con los pueblos y las sociedades humanas. El *doctor Schnell* de Burgdorf me escribió hace algunos días sobre esta cuestión:

“El hombre reflexiona muchísimo más temprano sobre lo que él ve con sus ojos y toca con sus manos que sobre sentimientos que yacen, sin estar desarrollados, en lo íntimo de su alma y que sólo á veces, como sombras indecisas, se deslizan al fondo de la conciencia. El debe, pues, necesariamente aprender á conocer el mundo físico, antes que pueda llegar al conocimiento del mundo intelectual.

“Tan pronto como el hombre hubo adquirido la conciencia de sí mismo, su reflexión fué puesta en acción por los fenómenos naturales insólitos, co-

“mo temblores de tierra, las inundaciones, truenos, etc., y su propensión á querer investigar todo le hizo reflexionar sobre las causas de esos fenómenos antes que él conociese su naturaleza. Pero esas reflexiones no lo condujeron á otra cosa que á la personificación de esas causas: relampagueaba, porque Júpiter así lo quería. De este modo recibió, pues, cada orden de fenómenos su autor particular, jefe ó dios que presidía á su aparición, y esos dioses se repartían entre sí el imperio de las causas, ya apaciblemente, ya por la violencia.

“Mas el espíritu humano, que, por su naturaleza, procura siempre reducir la diversidad á la unidad, no se satisfizo largo tiempo con el politeísmo. El principió á considerarlo como una usurpación de obreros subalternos que trabajaban en el gran taller de la naturaleza y buscó entonces un maestro. La imaginación, que lo había guiado hasta allí, lo condujo también en esta investigación: ella le mostró una figura que debía representar á ese maestro, y la llamó *Destino*—idea que no designa ni más ni menos que una voluntad suprema, insensata, la personificación del capricho, que no sabe dar á sus mandatos otros fundamentos que su propia autoridad: esto es mi estricte voluntad y mi mandato.

“—Y esta es la causa suprema, el Dios único á quien muestra la razón humana. Y donde la razón encuentra su fin, allí la imaginación tiene también que plegar sus alas, porque ella no puede pintar una figura sin pedir prestados á la expe-

“riencia los colores de su paleta, pues su arte no  
 “llega hasta expresar un colorido que debe compo-  
 “nerse de otras tintas diferentes de las que le ofre-  
 “ce esa paleta.

“En este grado de cultura debió detenerse el hom-  
 “bre hasta el momento en que una observación in-  
 “cesante y una investigación asidua le hicieron des-  
 “cubrir que todas las variaciones de la naturaleza,  
 “cualesquiera que sean, tienen entre sí relaciones  
 “más ó menos próximas, más ó menos distantes, y  
 “que precisamente por esta causa deben depender  
 “más ó menos las unas de las otras. El vió que  
 “un platillo de la balanza subía cuando el otro ba-  
 “jaba, y principió á encontrar orden y armonía  
 “donde hasta entonces no había visto más que des-  
 “orden y confusión. Desde ese momento conside-  
 “ró los fenómenos y los cambios que se verificaban  
 “á su alrededor no como un juego de la casualidad,  
 “ó como las consecuencias de los decretos capri-  
 “chosos de un ser violento, despótico, sino como los  
 “movimientos regulares de una máquina, que, obe-  
 “diendo á reglas fijas, persiguen un objeto deter-  
 “minado, mas desconocido aún para él. El cono-  
 “ció entonces el reloj todo entero,—hasta los resor-  
 “tes y la muestra,—la causa y el objeto del movi-  
 “miento.

“La noción *regla, ley* á la cual su razón debía  
 “conducirlo en sus investigaciones, le pareció co-  
 “rresponder también á un sentimiento oscuro é ínti-  
 “mo que muchas veces lo había preocupado, pero  
 “que él no podía expresar aún porque le faltaba la  
 “palabra adecuada. Entonces llegó él á explicarse

“ese sentimiento por un fenómeno del mundo físico;  
 “el símbolo habíalo conducido al hecho mismo y  
 “lo que él había descubierto en el *mundo* conocido,  
 “se atrevió á aplicarlo á un mundo *desconocido* que  
 “él solamente *presentía*. En efecto, cuando él que-  
 “ría obrar, ó cuando obraba, sentía casi siempre  
 “que, en su interior, una voz imposible de sofocar,  
 “había pronunciado una sentencia que no estaba  
 “siempre de acuerdo con el juicio que dictaba su  
 “razón sobre la consecución ó no consecución del  
 “objeto que se había propuesto alcanzar en sus ac-  
 “ciones. Indudablemente él tenía conciencia de que  
 “ese sentimiento era impotente para determinarlo  
 “contra su voluntad á ejecutar ó no ejecutar una  
 “acción. Mas con todo eso, él notó que su desobe-  
 “diencia á esa voz interior que le hablaba le sus-  
 “citaba en su propio corazón un enemigo á quien  
 “la amistad de todo un mundo no era capaz de con-  
 “trarrestar. Entonces él aplicó la noción, que aca-  
 “baba de descubrir, de una regla, una ley, á ese  
 “algo desconocido y vió que su presentimiento no  
 “lo había engañado: él encontró, pues, que los pre-  
 “ceptos de esa voz interna eran tan absolutos como  
 “aquellas leyes que él había reconocido como ab-  
 “solutamente necesarias y por las cuales se rige el  
 “cambio de las estaciones; mas él encontró también  
 “que sus deseos no están subordinados absoluta-  
 “mente á los mandatos de su conciencia, así como  
 “la naturaleza está absolutamente sometida á sus  
 “leyes. Por ese motivo él se dijo á sí mismo:

“La naturaleza está obligada á obedecer á sus  
 “leyes, ella no tiene voluntad. Mas, si yo no lo

“quiero, no es menester que yo obedezca á la ley  
“que llevo en mi pecho; luego, yo soy mi propio  
“juez, y precisamente por esto, soy un sér superior  
“á todo el resto de la naturaleza.

“Con este descubrimiento nació para la huma-  
“nidad un nuevo sol que alumbrá un nuevo mundo.  
“El hombre se vió en la frontera que separa el  
“el mundo físico del mundo intelectual; él entendió  
“que en ambos tenía derecho de ciudadanía, en uno  
“por su cuerpo, en el otro por su voluntad; encontró  
“que las dos leyes de esos dos mundos son en el  
“fondo *una sola y misma ley* puesto que ambas no  
“prescriben otra cosa que *orden y armonía*; y él  
“encontró también que la aparente diferencia de  
“esas leyes proviene sólo de la diversidad de las  
“naturalezas á las cuales ellas se refieren. Las na-  
“turalezas dotadas de conocimientos deben obedecer  
“á la ley, y ellas querrán también obedecerle, por-  
“que ellas reconocerán que la ley las conduce á  
“vivir en paz consigo mismas, es decir, á su propio  
“fin; pero las naturalezas que no son dotadas de co-  
“nocimiento obedecerán también á la ley, porque  
“ellas no pueden tener un objeto que les sea propio,  
“y permanecerían estacionarias, si no fuesen impul-  
“sadas.

“.....Y ahora, solamente ahora, puede tu crea-  
“tura levantar sus ojos de la tierra que alimenta  
“á los hombres para elevarlos al cielo eterno donde  
“ella te encontró á tí, Sér conocido y la vez desco-  
“nocido, de cuyas obras ninguna ha fracasado aún....  
“Y tú, el autor de cada una de las leyes que rigen  
“el mundo físico y el mundo intelectual, *en esa*

“*mirada de tu creatura hacia el cielo* reconociste  
“con satisfacción que también esa obra era buena,  
“porque ella, elevándose del polvo de la tierra y  
“aspirando ardientemente á la *libertad* y á TI, se  
“había reconocido como el objeto final del mundo  
“material y como un instrumento de tus designios en  
“el mundo moral....” (9).